

se advierte fácilmente que yo me habia propuesto seguir el hilo de mis propias ideas recordando las de Filangieri, ó subordinar mi trabajo al suyo adoptando el orden de las materias tal y como se halla en su obra.

Este último partido me ha parecido preferible, á pesar de que me vea precisado muchas veces á subdividir, lo que hubiera deseado reunir. Pues el lector está mas en el caso de comparar el comentario con el texto y fallar cuando haya disenso entre Filangieri y su comentador.



CAPITULO II.

De un epigrama de Filangieri contra la perfeccion en el arte de la guerra.

MONTERREY, N. L.

« Todos los cálculos que por tanto tiempo
» han agitado los consejos de los príncipes,
» no han tenido, otro objeto que la solución
» de este problema: ¿ Cual es el modo de
» matar la mayor cantidad de hombres en el
» menor espacio de tiempo posible? »

INTRODUCCION, p. I.

Por poca que sea la atencion con que se lea á Filangieri, se notarán en él muchos defectos cuyo ejemplo le dieron nuestros escritores del siglo diez y ocho. Uno de los mas notables era el deseo de lucir, que les empeñaba á analizar con demasiada sutileza unas consecuencias inesperadas para darse la importancia del atrevimiento y de la novedad. La definicion del problema que los sobera-

nos de Europa han tratado de resolver en su perfeccion en el arte de la guerra, peca al extremo en este vicio : y en verdad que habria mucho que decir sobre la manía guerrera de los príncipes y sobre las garantías que deben oponerse á este delirio. Pero un epigrama que induce á error, no es seguramente el medio mas adecuado que pudiera inventarse para aparecer por primera vez en la palestra literaria : equivaldria á desacreditar, de antemano, el examen de una cuestion importante, haciendo presumir que se trataria con la exageracion de los lugares comunes y de los sarcasmos.

He aquí, en mi sentir, la serie de ideas que el autor italiano hubiera debido seguir en este particular.

Hay épocas de la sociedad en que la guerra está en la naturaleza del hombre y comprendida en el número de las necesidades de los pueblos : en tal caso todo cuanto pueda contribuir á hacer

terribles las guerras y de este modo menos prolongadas, es bueno y util. En su consecuencia cuando en semejante época se dedica el gobierno en descubrir, *cual es el modo de matar la mayor cantidad de enemigos en el menor espacio de tiempo posible*; este gobierno se ocupa en un descubrimiento favorable, en atencion al estado de cosas dado. Pues desde el momento que es indispensable destruir enemigos mejor es matar de una vez mas que menos, para no tener que volver á la pelea y seria deseable el descubrimiento de un medio seguro para exterminar hoy, los que seria forzoso matar mañana.

Mas hay ciertas épocas en la sociedad, en que habiendo creado la civilizacion para el hombre, nuevas relaciones con sus semejantes y por sus resultas una nueva naturaleza, la guerra deja de ser una necesidad de las naciones; y entonces no hay que dedicarse á hacer la guerra

menos espantosa sino á oponer un obstáculo á toda guerra inutil.

Ahora, pues, la cuestion se limita á saber en cual de estas épocas estamos : para mí es evidente que hemos llegado á la segunda*.

¿Por que eran guerreros los pueblos de la antigüedad? Por que divididos en pequeñas colonias se disputaban á mano armada un territorio reducido : por que instigados reciprocamente por la necesidad, se combatian ó amenazaban sin cesar : por que los mismos que no querian ser conquistadores, no podian sin embargo deponer las armas so pena de ser conquistados, y por que todos, en fin, compraban su seguridad, su independencia y su entera existencia, al precio de la guerra.

* He desenvuelto estas ideas en mi obra sobre el *Espíritu de conquista*, y no hago aquí otra cosa sino reproducirlas.

El mundo de nuestros dias, es cabalmente bajo este aspecto, la oposicion al mundo antiguo.

Mientras que antiguamente, formaba cada pueblo una familia aislada, enemiga innata de las otras, en el dia existe una masa de hombres, bajo diferentes nombres y diversos modos de organizacion social, pero homogénea por su naturaleza : es bastante fuerte para no tener nada que temer de las hordas, aun bárbaras, y suficientemente civilizada para que la guerra sea para ella un verdadero mal ; de ahí es que su tendencia natural es hácia la paz.

Hemos llegado á la época del comercio que debe necesariamente reemplazar la de la guerra como la de esta debió precisamente preceder á aquella.

Este no es el momento de desenvolver todas las consecuencias de esta mudanza que como lo acabo de decir, ha dado al hombre una nueva naturaleza. Despues

hablaré sobre esto, siendo suficiente por ahora haber sentado el principio.

Habiendo pasado la época de la guerra para los pueblos modernos, es evidente que los gobiernos deben abstenerse de ella. ¿Pero confiaremos á ellos mismos el cuidado de no separarse de este deber?

En todo tiempo la guerra será para los gobiernos un medio de acrecentar su autoridad. Será para los déspotas una distracción que procurarán á sus esclavos con la mira de que adviertan menos su esclavitud. Para los favoritos de los déspotas será una diversion á que recurrirán para impedir que sus amos penetren en el por menor de sus manejos tiránicos, y para los demagogos un modo de inflamar las pasiones de la multitud y precipitarla en los extremos á que propenden sus consejos violentos ó sus miras interesadas.

Resulta de aquí que si se deja á los gobiernos, y entiendo bajo esta deno-

minacion todos los que se apoderan del poder, tanto los demagogos como los ministros; si, digo, se deja á los gobiernos la libertad de empezar ó prolongar las guerras, perderán los pueblos el beneficio que deberian sacar de los progresos de la civilizacion, y las luchas continuarán mucho mas de lo que fuera necesario.

Separando, pues, la cuestion de la guerra, de la arbitrariedad de los gobernantes, llegaríamos á preservar de ella á los gobernados. ¿Y por que medios se conseguirá este objeto? Por los de una constitucion representativa en virtud de la cual los mandatarios de la nacion, tengan el derecho de negar á la autoridad los recursos para emprender ó continuar las guerras inútiles y el de someter á una grave é inevitable responsabilidad á los depositarios del poder que se atreviesen á tales empresas.

Esto en nada se opone á la verdadera cuestion del derecho de hacer la paz ó declarar la guerra, tal y como se ha discutido en nuestras asambleas, y conforme la decide nuestra actual carta. En buen hora que el monarca constitucional tenga la prerogativa, en circunstancias urgentes, de declarar la guerra: esto es una pura forma con tal que los fondos indispensables para sostenerla, puedan negarse á sus ministros, y que estos sean responsables de la declaracion que hayan sugerido al Rey.

Bién se vé que en esta cuestion (y sucederá lo mismo con otras muchas) la solucion de la dificultad depende del establecimiento de las garanúas constitucionales. Filangieri no hace mas que obscurecerla con un epigrama mal colocado. Si la guerra fuese necesaria, el gobierno tendria razon *de querer matar la mayor cantidad de enemigos en el me-*

nor espacio de tiempo posible; cuando es inutil, es un crimen emprenderla; pero el número de los muertos y los instrumentos de destruccion no hacen nada al caso.